pido es, que mandes á tus criados, que me han de acompañar, que digan á los guardias, que descarguen la furia de los palos; pero con la condicion de que no toquen á la cabeza, y que á lo demas descarguen con ímpetu furioso, como quisieren.

La Reina no entendió el énfasis, y mandó á los criados dijesen á los guardias que no tocáran á la cabeza, y que á lo demas descargasen como cada uno pudiese: los criados iban detras de Bertoldo hácia el cuerpo de guardias, los que tenian ya prontos los palos en las manos para servirle, segun la órden. Bertoldo se adelantó al acompañamiento á gran distancia; y los que le acompañaban vieron los guardias ya formados, y llegando Bertoldo á ellos, los criados empezaron inmediatamente á decir, que no tocasen á la cabeza, y que á lo demas apretasen fuertemente, que esta era la intencion de la Reina.

Los criados fueron los apaleados en lugar de Bertoldo.

Los guardias viendo á Bertoldo, que venia delante de los demas, pensando que él era cabeza de ellos, dejáronle pasar sin hacerle daño alguno; pero cuando llegaron los criados fue tal el nublado de palos, que cayó sobre los pobres, que casi les rompieron los brazos; en suma, no les quedó hueso sano. Viéndose tan maltratados y molidos, se vol-

vieron á la Reina, la cual habiendo sabido que Bertoldo se habia escapado y librado con una tan impensada astucia, y que en lugar de haber sido apaleado, lo quedaron sus criados; mas encendida de cólera se puso contra Bertoldo, jurando por su persona, que se habia de vengar de tal infamia; pero que no obstante por algunos dias propuso disimular su enfado, hasta la primera ocasion que se proporcionase, interin que hacia curar los criados, habiendo vuelto los pobres trasquilados, sin haber buscado lana.

Vuelve Bertoldo á ver al Rey, en donde hace una buena burla á un palaciego.

El dia siguiente se llenó la antecámara de grandes, señores y caballeros de todas clases, segun la costumbre de palacio; y no faltando Bertoldo á su obligacion en hacerse presente, vióle el Rey, y llamó, diciéndole públicamente:

Rey. Y bien, cómo te ha ido con la Reina?

Bert. Ay Señor! Que entre la alpargata y el zapato hay muy poca diferencia.

Rey. Estaba el mar muy alborotado?

Bert. Quien sabe navegar bien, cualquier golfo pasa seguro.

Rey. El cielo amenazaba tempestad?

Bert. Sí que amenazaba; pero se descargó sobre otros.

Rey. Concibes tú el que ya se haya serenado.

Bert. Yo lo dudo, porque al cielo lo dejé muy nublado.

Burla desvergonzada de un palaciego entremetido á chistoso.

Hallábase un palaciego presente, que andaba diariamente inmediato á la Real persona, el cual solo servia de hazmereir, ó de bufon del Rey: su nombre era Fagoto, de estraña estatura; pues ademas de ser sumamente pequeño, era muy gordo y desproporcionado de facciones; tenia la cabeza tan despoblada, que parecia calavera. Llegóse al Rey, y le dijo: Señor, te pido me hagas una especial gracia, y es, darme permiso paraque yo examine á este salvage rústico, pues le quiero enseñar cómo ha de tratar lugares tan respetuosos, y cómo se debe hablar en palacio. Respondióle el Rey, y le dijo: Por mí haz tú lo que quisieres, yo me holgaré mucho de eso; pero te encargo mires no te suceda como acaeció á aquel que se llamaba Bien-venido, pues fué á raer, y fue raido. No, no; respondió Fagoto, no tengo miedo de él, ni de ninguno; y volviéndose á Bertoldo, con un gesto muy alocado, le dijo:

Fag. Qué dices tú, pollo caido del nido?

Bert. Y con quién hablas tú, grajo pelado?

Fag. Ven acá, díme cuántas leguas hay

desde donde sale la luna á los baños de Arnedillo?

Bert. Y cuántas pones tú desde la caldera de tu calva á la caballeriza?

Fag. Y díme, por qué causa la gallina negra pone el huevo blanco?

Bert. Y por qué motivo el látigo del Rey te pone las nalgas negras?

Fag. Cuál es el mayor número, el de los turcos, ó el de los judíos?

Bert. Cuántos son mas, los que tienes en la camisa ó en la barba?

Fag. El rústico y el borrico nacieron de un parto?

Bert. El puerco y el cuervo comen los dos en una artesa?

Fag. Cuánto ha que no has comido nabos?

Bert. Lo que ha que á tí no te han echado raiduras.

Fag. Eres tú búfalo ú oveja?

Bert. No metas en danza tus parientes.

Fag. Cuándo dejarás de usar de tus astucias?

Bert. Cuando tu dejares de lamer los platos.

Fag. Tambien dice el refran, que al villano no hay que darle vara en mano.

Bert. Tambien se dice, que al puerco y á la rana no hay que sacarles del lodo.

Fag. El cuervo nunca trae buenas nuevas.

Bert. Tambien el milano anda al rededor de la carniza.

Fag. Yo te digo que soy hombre de bien, y mejor educado.

Bert. Quien se loa, se enloda.

Fag. Todo hombre rústico es animal muy malo.

Bert. Y el adulador es un bruto monstruoso.

Fag. No se puede hallar un villano sin malicia.

Bert. Tampoco se ha podido hallar gallo sin cresta, ni palaciego sin adulacion.

Fag. Mira que tus zapatos estan con la boca abierta.

Bert. Se rien de tí, porque eres un bestia.

Fag. Las medias las tienes llenas de remiendos.

Bert. Mejor es tenerlas remendadas, que tener la cara llena de costurones, como tú la tienes.

Tenia Fagoto muchas señales en la cara, que en diversas ocasiones le habian hecho con mucha razon, y lo tenia bien merecido, por las muchas insolencias que habia usado; mas como vió que le tocaban al vivo, tragando saliva, ya no hallaba palabra que responder, y se puso mas encendido que unas llamas por verse avergonzado y corrido entre tantos señores, los que soltaron la risa de ver los gestos que hacia, y de verle tan inquieto, de suerte, que el pobre hubiera tomado á mejor partido el escaparse, como

en efecto lo queria ejecutar, á no haberle detenido todos los circunstantes.

Bertoldo como habia hablado tanto, tenia la boca llena de saliva, y no sabiendo donde escupir, por estar la sala toda alfombrada, y las paredes colgadas de tapicerías muy ricas, se volvió al Rey, y le preguntó: Adónde quieres que escupa? Escupe, le dice, en la plaza. Entonces se volvió Bertoldo á Fagoto, el cual ya dijimos era calvo, y le encajó en medio de la cabeza una buena porcion de saliva. Viéndose afrentado de esta suerte, querellóse al Rey de la injuria recibida, y al mismo tiempo dice Bertoldo en voz alta: El Rey me ha dado licencia paraque escupa en la plaza, y no creo que se halle mayor plaza, que tu cabeza. No se llama la cabeza calva plaza de piojos? Pues ahora te harás el cargo, que no he cometido delito en lo que he ejecutado.

Todos los de la corte dieron la razon á Bertoldo. Fagoto se quedó muy avergonzado y corrido; pero determinó usar de prudencia, y sufrir lo pasado con paciencia, asegurando, que hubiera tomado con mas gusto haberse quedado sin comer, que haberse puesto á pullas y refranes con Bertoldo. Todos los que estaban presentes quedaron gustosísimos de que Fagoto hubiera quedado vencido, porque este se tenia en concepto de uno de los primeros ingenios del mundo, y á todos les contaba mil fábulas y desatinos;

pero despues no se atrevia á levantar los ojos del suelo, de la vergüenza que le causaba el haber sido tan ultrajado; de suerte, que cuasi llegó á términos de ahorcarse.

Siendo ya cuasi de noche, y estando el Rey ocupado con la audiencia de unos señores, le dijo á Bertoldo, que volviese á su presencia el dia siguiente; pero que habia de venir, ni bien vestido, ni bien desnudo.

Graciosa astucia de Bertoldo para volver delante del Rey como se lo habia mandado.

La mañana siguiente pareció Bertoldo delante del Rey envuelto en una red de pescados; pero no llevaba mas ropa que la red; y viéndole de aquel modo el Rey, le dice:

Rey. Cómo te pones delante de mí en forma tan indecente?

Bert. Pues no me mandaste, que hoy por la mañana me pusiera delante de tí; pero que fuese, ni vestido, ni desnudo?

Rey. Sí, es verdad.

Bert. Pues ya me tienes de la misma forma que mandaste, porque con esta red cubro parte de mi cuerpo, y la otra queda desnuda.

Rey. Díme, dónde has estado hasta ahora?

Bert. Donde he estado ya no estoy, y donde estoy ahora, ya no puede estar ninguno mas que yo.

Rey. Y qué hace tu padre, tu madre, tu hermano y hermana?

Bert. Mi padre es hacedor de un daño: mi madre hace á una vecina suya aquello que no lo volverá á hacer mas: mi hermano cuantos halla tantos mata; y mi hermana está llorando lo que ha reido todo le año.

Rey. Descíframe esos enigmas, que no los entiendo.

Bert. Has de saber, que mi padre está en el campo cercando una senda, y cerrándola con espinos, con que aquellos que solian pasar por medio de la senda, pasan ahora unos de una parte, y otros de la otra de los espinos; de manera, que antes no habia mas de una senda, y ahora con la continuacion de tantos pasageros se han hecho dos. Mi madre cierra los ojos á una vecina suya, que se acaba de morir, cosa que no volverá á hacer mas. Mi hermano está al sol, matando los piojos de su camisa. Mi hermana cuasi todo el año se le ha pasado riendo, y ahora está con los dolores de parto.

Rey. Cuál es el dia mas largo que hay?

Bert. Aquel en que uno se queda sin comer.

Rey. Cuál es el hombre mas loco?

Bert. Aquel que se alaba de discreto.

Rey. Por qué motivo nacen mas presto las canas en la cabeza, que en la barba?

Bert. Porque el cabello nace primero que la barba.

Rey. Cuál es aquel hijo, que pela la barba á su madre?

Bert. El huso.

Rey. Qué yerba es la que hasta el ciego la conoce?

Bert. La hortiga.

Rey. Quién es aquella hembra, que siempre está en el agua, y nunca se lava los pies?

Bert. La barca.

Rey. Quién es aquel que se aprisiona por su gusto?

Bert. El gusano de la seda.

Rey. Cuál es la flor mas triste?

Bert. El vino que sale de la cuba, cuando se acaba.

Rey. Cuál es la cosa mas atrevida y desvergonzada que hay?

Bert. El viento, pues este se entra debajo de los vestidos de las mugeres.

Rey. Cuál es aquella cosa que nadie quiere en su casa.

Bert. La culpa.

Rey. Quién es aquel torcido, que corta las piernas á todos los derechos?

Bert. La hoz de segar trigo y cebada.

Rey. Cuántos años tienes?

Bert. Quien cuenta los años, cuenta la muerte.

Rey. Y cuál es la cosa mas clara que hay?

Bert. El dia.

Rey. Mas que la leche?

Bert. Mas que la leche y la nieve.

Rey. Si tú no me hicieres ver claramente lo que dices, te tengo de hacer castigar.

Bert. O, y qué infelicidad es la corte!

Astucia ingeniosa de Bertoldo para librarse del castigo.

Buscó Bertoldo un cubo de leche, y sin que nadie le viera lo llevó al cuarto del Rey, y aunque era medio dia, cerró todas las ventanas y puertas por donde podia comunicarse alguna luz: entró el Rey en el cuarto, y como no veia, tropezó en el cubo de la leche; vertióle por el suelo, y nada faltó paraque cayera de cabeza, y se hiciese gran daño en su persona. Empezó á gritar, diciendo: Ola, vengan aquí, y abran estos balcones. Acudieron al ruido, abrieron las ventanas, y como vió todo el cuarto lleno de leche, y el cubo donde habia tropezado, con grande enfado preguntaba, quién habia sido el agresor de semejante delito.

Rey. No hay ninguno que diga quién es ó ha sido el que ha tenido la desvergüenza de haber puesto en mi cuarto este cubo de leche, cerrando todas las ventanas paraque yo tropezase?

Bert. Yo he sido; y lo he hecho paraque te desengañes mas claramente de tus porfías, y confieses, que el dia es mas claro que la leche; pues si fuera mas clara la leche que el dia, ella te hubiera alumbrado, y no hubieras tropezado en el cubo.

Rey. Eres un astuto villano, y á cada cosa hallas salida con facilidad; pero quién es este que aquí viene?

Bert. Parece que es un criado de la Reina, que trae una carta en la mano.

Rey. Apártate un poco de aquí, que quiero oirle.

Bert. Ya me voy, mas á la verdad temo que sea alguna mala embajada contra mí.

Idea fantástica, que se les puso en la cabeza á las ciudadanas de aquel pueblo.

Llegó el mensagero á la presencia del Rey, y haciendo su debido acatamiento, le presentó una carta que traia; y su contenido era del tenor siguiente:

Señora: *Hacemos presente á V. Mag. (para que interceda con el Rey) las justas razones de todas las nobles de la ciudad. Deseamos y pedimos al Rey con rendimiento, que nos conceda el poder asistir en los consejos y gobernar la ciudad, oir querellas, sentenciar, como es concedido á los hombres, y tener mando en el gobierno, como le tiene el Senado y primados de la ciudad. Para esto alegamos: Que ha habido ejemplares de muchas mugeres, que han mandado y gobernado imperios y reinos con tanta prudencia, y aun mas que algunos reyes y emperadores; habiendo tambien salido armadas á campaña, defendiendo sus reinos, estados y señoríos tan valerosamente, como los mas valientes soldados, y así por estos motivos no debe despreciar el Rey la súplica; antes bien aceptar la instancia, y hacerlas partícipes de todo; pues es cosa intolerable, que solo los hombres tengan el dominio en todo, y nosotras no tengamos mando alguno; á que añadimos: Que prometemos ser tan sigilosas en todo género de cosas de importancia, que excedamos en eso á los hombres. Esperamos que V. Mag. como muger, recomendará con toda eficacia esta súplica.*

Leyó el Rey la carta, y se hizo cargo de la pretension tan desatinada; y no sabiendo qué resolucion tomar, se volvió á Bertoldo, y le reveló todo el contenido de la carta, al cual dió tal gana de reir, que no se pudo contener; pero el Rey, viéndole reir, le dice con mucho enfado:

Rey. Por qué te ries, majadero?

Bert. Me rio, y quien no se riera, mereceria que le sacaran los dientes.

Rey. Pues por qué?

Bert. Porque estas mugeres creen que tú eres majadero, y no Rey Albuino; por esto te han hecho esta súplica tan disparatada.

Rey. A ellas les toca el pedir, y á mí el servirlas.

Bert. Infeliz es el perro, que se deja agarrar de la cola.

Rey. Habla de manera, que te pueda entender.

Bert. Desdichadas las casas, en que cantan las gallinas, y calla el gallo.

Rey. Tú eres como el sol de marzo, que conmueve y no resuelve.

Bert. Al buen entendedor pocas palabras le bastan.

Rey. Explícame lo que dices, y sácame de la duda.

Bert. Quien quisiere tener la casa limpia, no tenga pollos, ni palómas.

Rey. Vamos, acaba, qué dices?

Bert. Quien lo entiende, quien no lo entiende, y otros que no lo quieren saber.

Rey. A todo aquel que cuece la comida con paja, el caldo le saldrá ahumado.

Bert. En suma, quiero saber lo que me quieres.

Rey. Quiero que en esta ocasion me des luz con un prudente consejo.

Bert. Mala señal es, cuando la hormiga pide pan á la chicharra.

Rey. Yo sé que para todo hallas buena salida; y pues estás colmado de inventivas y de astucias, quiero fiarte la resolucion de este negocio.

Bert. Como tú te fies de mí, no dificultes que yo te sacaré muy presto de toda dificultad, y conseguiré el que no te vuelvan á molestar sobre su pretension.

Rey. Pues ingéniate con tu maña, y despáchalas cuanto antes puedas.

Astucia preciosa de Bertoldo, para quitar de la cabeza de las mugeres el capricho ó tema referido.

Se fué Bertoldo á la plaza, compró un pajarillo, y lo metió dentro de una cajita, la que llevó al Rey, y le dijo: Que enviase aquella caja cerrada á la Reina, y que su Mag. de su parte la enviase á las pretendientas; pero con el precepto de que ninguna la abriese, bajo de penas rigurosas; y que á la mañana siguiente viniesen á palacio, y trajesen la cajita en la misma forma que se les entregaba, que luego inmediatamente el Rey les concederia la gracia que pretendian. Tomó el mensagero la caja, la llevó á la Reina, la que entregó á las mugeres, que estaban esperando en su cuarto la resulta de su pretension; y entregándosela á todas en general, les dijo de parte del Rey: Que su voluntad era, que por ningun motivo se abriese aquella caja; añadiendo: Que el dia siguiente la trajesen de la misma suerte que se la entregaba, que les prometia despachar conforme su pretension. Despidiéronse de la Reina muy gozosas y consoladas, por la palabra que les habia dado tan favorable á su deseo.

Curiosidad de mugeres que consigo, por naturaleza, trae semejante sexo.

Luego que se fuéron, y se vieron léjos de

la presencia de la Reina, las dominó tal curiosidad de saber lo que en aquella caja se encerraba, que empezó á decir una á otra: Quieres que veamos lo que hay aquí dentro? Respondian otras: No hagamos cosa semejante, porque tenemos precepto de no abrir esta caja, y tal vez puede suceder, que haya dentro de ella alguna cosa de importancia para el Rey. Replicaban las mas curiosas, y decian: Pues qué puede haber? Decia la otra: No, no, que no sabrémos cerrarla del mismo modo que ella está. Habló otra con mas resolucion, y dijo: Sí, sí, abrámosla, y haya dentro lo que hubiere.

Resuélvense las mugeres á abrir la caja.

Al fin, despues de muchos debates que hubo entre ellas, se resolvieron á abrirla, como en efecto la abrieron, y apénas quitaron la tapa, cuando voló el pajarillo con tanta velocidad, que se quedaron suspensas, confusas y apesadumbradas, por no haber podido ver qué señales tenia, ni si era gilguero, pajarillo ó ruiseñor; pues si hubieran visto qué especie de ave era, lo hubieran podido remediar, poniendo otra semejante, y con las propias señales y así se hubiera disimulado, llevando al dia siguiente la cajita de la misma forma que se les habia entregado, y no les hubiera sucedido una pesadumbre tan grande.

Pesadumbre que recibieron las mugeres por habérseles escapado el pajarillo.

Habiendo sabido la Reina el caso, se entristeció de tal modo, que no sabia qué hablar, ni qué hacer, porque temia un gran disgusto; pero con todo eso se animó, y con la comitiva de las mugeres se presentó delante del Rey; entraron tímidas y aturdidas, con su cabeza baja, y llenas de confusion. La Reina saludó al Rey, quien le correspondió con mucha alegría; y haciéndola sentar junto á sí, le pregunta: Qué novedad la traia á su presencia con tanto número de mugeres (que se componia de mas de trescientas)?

La reina refiere al Rey la fuga del pajarillo.

Yo vengo delante de V. Mag., con estas nobles matronas, por la respuesta de la súplica, que tienen hecha, para entrar en los mismos oficios, empleos y encargos, que tienen los Senadores: y habiéndolas mandado entregar esta caja con orden expresa de que por ningun motivo la abriesen, y encargándoles la devolviesen, como se les habia entregado, la casualidad ha permitido, que una mas curiosa que las otras, tuvo impulsos de ver lo que en ella se encerraba; abrióla, no creyendo se encerrase en ella el pájaro, el cual voló sin poderlo remediar, con que todas las demas estan tan condolidas, que no se atreven de vergüenza á mi-

rarte, por haber quebrantado tu Real precepto; y así, Señor, ya que tú siempre has sido benigno y clemente para todos, te suplico las perdones, pues no lo han hecho con motivo de desobediencia á tu persona; sí solo por una leve curiosidad de su frágil naturaleza: esta solo ha sido la causa de haber incurrido en tal yerro; y así, pues aquí las tienes delante de tí arrepentidas y humildes, te suplico las perdones; y así lo espero de tu clemencia y benignidad.

Finge el Rey estar enfadado y hace una reprension á las mugeres de su pecado, del que las absuelve, y las envia á sus casas libres.

El Rey, fingiéndose muy enojado, se volvió hácia ellas con rostro airado, y les dice: Sois vosotras las que habeis dejado escapar el pajarillo, que estaba dentro de la caja? Ah, mugeres locas! Y qué poco juicio os comunicó vuestra débil naturaleza! Y teneis aliento para pretender entrar en los consejos secretos de mi corte? Decidme, cómo pudiérades guardar un secreto de entidad que importára á mi reino y mis estados, y defender, castigar y disponer sobre la vida de los hombres, si no habeis sido capaces por sola una hora de haber tenido cerrada una caja, encargándoos tanto que no la abrierais? Volved á vuestras casas, y ejercitad vuestros oficios mugeriles, aquellos digo, en que

vuestra naturaleza os tiene constituidas; cuidad de vuestras familias y casas, con todas las demas circunstancias que se requieren para el aseo de ellas, que ese es vuestro empleo propio, y dejad el gobierno de la ciudad á los hombres, pues si recayera el gobierno en vuestras manos, todo caminaria sin pies, ni cabeza: no hubiera cosa, por mas oculta, ni secreta que fuese, que dentro de una hora no estuviese pública por toda la ciudad: levantáos, que ya os perdono; idos á vuestras casas, y os aconsejo, que no se os ponga jamas en la cabeza semejante frenesí. De allí á un rato despidió á la Reina, cuasi en la misma conformidad que á las demas, haciéndola acompañar á su cuarto de muchos caballeros. Se fuéron las pobres mugeres tan sumamente desconsoladas, que nunca mas volvieron á tocar la especie de pretender ascender á consejeras, quedando bien escarmentadas con lo que les dijo el Rey: entonces el astuto y sutilísimo Bertoldo se volvió al Rey con grande risa, y viéndole el Rey, le dijo:

Rey. Esta ha sido una bellísima invencion, y nos ha salido muy bien.

Bert. Bien va la cabra coja, como el lobo no la coja.

Rey. Pues por qué dices tú esto?

Bert. Porque muger y fuego hallan lugar luego.

Rey. Quien se sienta en la hortiga, alguna vez le pica la hormiga.

Bert. Quien al aire escupe, en la cara le cae.

Rey. Quien orina en la nieve, luego la deshace.

Bert. Quien lava la cabeza al asno, pierde jabon y tiempo.

Rey. Lo dices esto por mí?

Bert. Por tí hablo, y no por otro.

Rey. Pues qué motivo tienes para quejarte de mí?

Bert. Yo no me puedo quejar de tí?

Rey. Pues en qué te he agraviado yo?

Bert. Te lo diré: Yo he sido tu coadjutor en una cosa de tanta importancia como esta; y tú, en lugar de asegurarme la vida, me das cordelejo, dándome á entender, que alguna vez tengo de caer en la trampa, pagándolas todas juntas.

Rey. No soy yo tan ingrato, que no conozca tus méritos.

Bert. El conocerlos es nada; pero conocerlos con justicia es mucho.

Rey. No dudes, que luego te quiero remunerar de todo; pero con el con que siempre estés á pies juntos.

Bert. Tambien los ahorcados se quedan á pies juntos.

Rey. Tú lo interpretas todo al reves.

Bert. Quien dice mal, cuasi siempre acierta.

Rey. Tú dices, y haces muy mal.

Bert. Pues qué mal hago en tu corte?

Rey. Lo que te digo es, que no tienes cortesía, y estás muy mal criado y peor acostumbrado.

Bert. Y qué se te da á tí, que yo esté mal criado, y peor acostumbrado?

Rey. Mucho se me da: porque delante de mí estás con grande indecencia.

Bert. La causa quiero saber.

Rey. Pues es, que cuando vienes á mi presencia, nunca te quitas el sombrero, ni me bajas la cabeza.

Bert. El hombre nunca debe de bajarla á otro hombre.

Rey. Segun sea la clase de los hombres, se debe usar de atencion y cortesía.

Bert. Has de hacerte el cargo de que todos somos de tierra, tú eres tierra, yo soy tierra, y todos nos habemos de volver tierra; con que la tierra no debe, ni puede bajarse á la tierra.

Rey. Dices bien, en que todos somos de tierra; pero hay mucha diferencia entre las tierras, pues de una misma tierra se ve que se fabrican varias cosas de vidriados esquisitos, y sucede, que en los unos se ponen y guardan licores preciosos y odoríferos, y otros se emplean, y sirven para cosas muy viles é indecentes: yo soy uno de aquellos, en los cuales se encierran todo género de bálsamos, nardos, claveles, rosas, inciensos y otras cosas varias de licores preciosos: y tú eres uno de aquellos indecentes, en donde

se encierra todo género de inmundicias; no obstante que uno y otro estamos formados de una misma tierra, y de la misma mano.

Bert. Es verdad, no te lo niego; pero tambien te digo, que tan frágil es el uno, como el otro, y cuando los dos se rompen, igualmente se arrojan los pedazos á la calle, y ni del uno, ni del otro se hace caso, ni aprecio.

Rey. Tienes razon; pero sea como fuere, tú me has de hacer una reverencia.

Bert. No la haré; y así paciencia.

Rey. Pues por qué no?

Bert. Porque he comido asadores, y no quiero que se me rompan, al tiempo de bajarme, las tripas.

Rey. Ah, villano! Aunque rebientes me has de hacer una cortesía, si vuelves á mi presencia.

Bert. Todo puede ser; pero se me hace muy dificultoso el creerlo.

Rey. Por la mañana verémos la resulta; ínterin, por esta noche, te puedes ir á tu casa.

El Rey hizo bajar la puerta de su cuarto, paraque cuando viniese Bertoldo, bajase la cabeza al tiempo de entrar.

Se despidió Bertoldo, y aquella noche hizo el Rey bajar la puerta de su gabinete de tal suerte, que cualquiera que hubiese de entrar, era menester que bajase bien la cabeza, solo con el fin de que cuando Bertoldo entrase

dentro, la bajase al Rey al tiempo de entrar, cumpliéndose así el deseo de que le hiciese la reverencia, y quedar victorioso con su tema; y así esperando estaba el Rey por instantes de que llegase la hora.

Astucia de Bertoldo para no bajar al Rey la cabeza.

Volvió á la mañana siguiente el astuto Bertoldo, y reparó en la puerta, conoció la máxima del Rey para obligarle á bajar la cabeza al tiempo de entrar; pero el gran socarron, en lugar de bajar la cabeza, se volvió de espaldas, y le honró con el fiador: conoció el Rey su gran sutileza, y al mismo tiempo tuvo gran gusto de ver la salida, que tuvo con semejante agudeza; no obstante fingióse algo enfadado contra él, y le dijo:

Rey. Idiota, rústico y descortes, quién te ha enseñado entrar en mi cuarto de esa manera?

Bert. Quién! El cangrejo.

Rey. Pues de qué manera te ha enseñado el cangrejo?

Fábula del Cangrejo y de la Langosta, que Bertoldo cuenta al Rey.

Has de saber, Señor, que mi padre tenia diez hijos, y era sumamente pobre, como me sucede á mí muy á menudo; era muy regular que aun el pan nos faltaba para cenar, y en lugar de darnos algun alimento para

poder dormir, nos solia contar algunas fábulas y cuentecillos, paraque nos quedásemos dormidos; sucedia lo mismo que deseaba, pues entre la hambre y el sueño, cuando la primera no se satisfacia, se daba entrada al sueño, y así lograba lo que queria, hasta el dia siguiente, que la providencia asistia en la mayor estrechez. Entre una de las muchas cosas, que le oí contar, se me quedó en la cabeza la que te voy á referir; y si me das audiencia, con quietud y reposo, oirás una cosa, que será muy de tu gusto, pues es muy á propósito y del caso.

Rey. Ya te permito que la refieras, pues no dudo será muy gustosa.

Bert. Mi padre decia, que cuando hablaban los animales y las lechuzas tejian manteles, el cangrejo y la langosta eran amigos estrechos. Dispusieron pues, el ir á ver mundo, y ver cómo se vivia en las demas tierras: el cangrejo caminaba entonces adelante, como los demas animales, y lo mismo sucedia á la langosta, que no andaba de medio lado, como ahora camina: en fin, habiendo salido de casa de sus padres, caminaron mucho tiempo por el mundo, llegaron al pais de los saltones, despues pasaron al de los gusanos de luz, el cual confinaba con el de las mariposas; de suerte, que corrieron todas aquellas tierras, y vieron varias costumbres entre aquellos animales; internáronse mas adentro, llegaron á la tierra

de los erizos, los cuales á la sazon estaban ocupados en una grandísima guerra contra los murciélagos, cuyos términos eran inmediatos y confinantes, por una sospecha de traiciones, y otras causas, que unos y otros alegaban. Llegaron pues estos dos compañeros al primer lugar, y fueron descubiertos por una de las guardias avanzadas; creyendo ó sospechando que fuesen dos espías, los prendieron, y los condujeron atados de pies y manos delante de su capitan, el cual así que los vió, los examinó por estenso del fin de su venida; y no habiendo hallado en ellos mas malicia, ni interes, que el deseo de caminar y ver mundo, se aquietó al punto; ellos dijeron, que la casualidad los habia llevado á aquella tierra, y que como eran forasteros, no estaban enterados del pais, ni de lo que en él sucedia; que solo deseaban se les pusiese en libertad para volverse á su tierra; y si esto no se pudiese lograr por razones de estado, ó por política bélica, pedian se les diese partido en la tropa para servir de soldados, dándoles el sueldo igualmente como á los demas, y que de este modo servirian fielmente y muy gustosos en aquella guerra. Luego que el capitan oyó tal proposicion, los mandó desatar, pareciéndole que eran bestias de muchas acciones, por la gran cantidad de patas y brazos que tenian, haciendo que los pusieran en lista con todos los demas. Sucedió pues que ha-

biendo mandado al cangrejo fuese á espiar todo lo que pasaba en el campo del enemigo, como el pobre era nuevo en aquel pais, y caminaba con tanto silencio, y escondiéndose la cabeza debajo de su cola, se presumió no seria conocido tan facilmente. No obstante caminaba animosamente al campo del enemigo, y llegando, halló las guardias dormidas, pasó adelante, hasta llegar á la Real tienda de la comadreja, pensando que tambien durmiesen las guardias; pero el pobre infeliz tuvo tan mala fortuna y encuentro, que estaban todos dispiertos. Divertíanse las guardias al juego de paro y pinta, con que al tiempo que el cuitado fue á meter la cabeza dentro, para ver lo que pasaba, le vió uno de aquellos soldados, el cual se levantó del juego poco á poco, de manera que el cangrejo no le viese, y tomando un palo se lo tiró con tan buen aire y destreza, que le dió en la cabeza; de suerte, que lo dejó como muerto con la violencia y fortaleza del golpe, y á no tener las armas que le dió la naturaleza, los sesos se los hubiera echado al aire: el soldado, que le tiró, no sabia que era espía, antes bien creia que hubiese llegado allí por casualidad, y especialmente, viéndole de figura tan rara: quién habia de sospechar cosa semejante? No obstante, creyendo le habia muerto, le tomó por las hastas, y le tiró á una laguna de agua, que estaba allí inmediata, y sin mas novedad, se volvió á

sentar al juego. Luego que volvió en sí el desgraciado cangrejo, no pudiendo cuasi levantar la cabeza, por el gran golpe que habia recibido, juró y protestó no volver á entrar en parte alguna con la cabeza adelante, procurando entrar siempre y caminar al contrario; pues así, si le sucedia otro semejante lance, mas queria le diesen en el espinazo, que en la cabeza. Volvióse al campo, hizo una relacion individual de todo lo acaecido, notició como las centinelas dormian; pero que en la Real tienda de la comadreja se velaba. Oyendo esto el capitan, hizo armar muy secretamente el tercio de las ardillas, y determinó con ellas dar un asalto al enemigo: así fue, pues hallándolos todos juntos en la tienda Real, no dejó á ninguno libre, ni dió cuartel: á todos pasó á cuchillo, tomando venganza del infeliz apaleado cangrejo, el que dijo á la langosta, despues de todo este suceso, marchemos de este pais, que no quiero verme en otro semejante empeño, pues veo que la guerra no es buena para nosotros. Dices bien; pero cómo nos escaparemos, respondió la langosta, que es muy posible que nos vean, y nos descubran por las pisadas? Respondió el cangrejo: Tú caminarás de lado, y yo andaré hácia atrás, y así saldrémos de toda dificultad. La determinacion le gustó mucho á la langosta, y poniéndose luego en puntillas de los pies, empezó á caminar de lado con tanta ligereza,

que apénas la podia alcanzar el cangrejo, y de esta suerte se pudieron escapar del campo por un parage escabroso. Llegaron á sus casas bien mortificados, por los peligros tan grandes en que se habian hallado: y á la hora de su muerte dejaron dicho en sus testamentos, que todos sus descendientes, en lo venidero, caminasen del mismo modo que ellos lo habian hecho, cuando volvieron á sus casas, y que este mandato se observase rigurosamente, pues así era su última voluntad, y así, que desde entonces, en cumplimiento de lo ordenado por el cangrejo, caminan todos sus descendientes, como lo dejó mandado. Y yo, conservando en la memoria este caso al tiempo de entrar en este cuarto, he tenido por conveniente imitar al cangrejo; pues si alguno me descargaba algun golpe, era mejor que lo padeciese el trasero, que la cabeza. Ahora quiero saber, qué te parece? Y qué me respondes? Aunque yo discurro, que habrá sido de tu gusto la fabulilla.

Rey. Es cierto que lo es: con ella me has divertido, y me has dado entera satisfaccion, y ahora véte á tu casa; pero has de volver mañana delante de mí en tal conformidad, que te vea y no te vea, y me has de traer al mismo tiempo una huerta, una caballeriza y un molino.

Bert. Adivínala, grillo: ya me voy, y buscaré el modo de satisfacerte. A Dios.